

AGENDA CIUDADANA

NUESTRO PASADO NO HA PASADO

Lorenzo Meyer

Dos Posiciones.- Es más fácil que un sexenio presidencial se convierta rápidamente en cosa del pasado a que le ocurra lo mismo a eso que, desafortunadamente, es casi la esencia del proceso histórico mexicano: su problema social; la profunda, y hasta ahora irresoluble, división entre los pocos con mucho y los muchos con poco. Por tanto conviene reflexionar sobre una declaración del presidente Vicente Fox en ocasión de su visita a Chiapas el 11 de enero.

Siempre optimista, el presidente aseguró en la selva Lacandona que el zapatismo, ese movimiento armado que tras una larga preparación surgió a la luz pública hace ya once años con la toma de San Cristóbal de las Casas, Ocosingo y Altamirano, es “un tema que prácticamente está quedando ya en el pasado”. Según el presidente, las razones de la rebeldía del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) son ya casi de carácter histórico precisamente porque la política que el gobierno ha seguido en la zona del conflicto, ha sido una política no armada, de diálogo, solidaridad y armonía. Para el presidente Fox, el tema del EZLN está quedando en el pasado justamente porque “aquí todo mundo está viendo hacia delante”. Y remató: “Las cosas están resultando extraordinariamente bien, no podrían ir mejor”. El gobernador chiapaneco, Pablo Salazar Mendiguchía, que calificó al gobierno de Fox como “educador”, “caminero”, “modernizador”, “electrificador”, interesado en “la salud” y “la reconciliación”, matizó un tanto la afirmación presidencial al puntualizar que lo que pertenecía al pasado no era el zapatismo en sí sino “como opción armada”. Según el gobernador “las nuevas expresiones

del zapatismo, que son civiles, son esfuerzos dentro de su propio territorio por dotarse de nuevas formas de convivencia." (Reforma y La Jornada, 13 de enero).

No es probable, pero se podría suponer que el presidente Fox leyó La democracia en América de Alexis de Tocqueville (1805-1859) y aceptó como válida una de las ideas del sociólogo político francés: que a las naciones democráticas les interesa muy poco lo que han sido porque viven cautivadas por la visión de lo que suponen que van a ser. En otras palabras, son sociedades que se cierran al pasado porque se abren tanto al futuro que ya no tienen espacio para ambos. Esa hipótesis optimista, debe de moderarse con otra que, años después, formuló un legítimo hijo del sur norteamericano --de la parte que tiene el pasado más tormentoso y menos democrático de esos Estados Unidos admirados por Tocqueville--, William Faulkner (1897-1962). Para Faulkner, un espíritu menos animoso que el francés, ninguna batalla realmente se gana, la victoria definitiva es una ilusión de los filósofos y de los locos, y el pasado nunca termina de pasar, siempre se queda entre nosotros.

En el caso de México, Tocqueville diría que el optimismo sobre el futuro no es evidente porque la calidad de su democracia aún está lejos del mínimo aceptable. Como sea, en nuestro caso la cauta visión de Faulkner pareciera ser más apropiada: aquí el pasado nunca se ha marchado de manera definitiva, y por eso el problema planteado por las armas del EZLN --armas que aún no ha depuesto-- sigue siendo parte del presente.

Desde luego que sí lo que el presidente Fox quiso decir en Chiapas es que la presencia nacional del EZLN ya no es la misma que tuvo hace algunos años, tiene razón, pero eso se debe más al agotamiento y limitaciones del zapatismo, a la pobreza y rezago de quienes viven esa zona, que al avance en la solución de la razón de ser de ese movimiento. Y si las armas zapatistas ya son menos amenazadoras para el gobierno, eso se debe no a que el

EZLN haya renunciado a ellas sino a que el ejército federal ha saturado la zona con sus 91 cuarteles y campamentos.

El gobierno ha invertido en Chiapas más de lo que lo hubiera hecho de no haber surgido el EZLN, pero, en proporción, y dado lo escaso de sus recursos, el gasto de energía de los zapatistas para incidir en la agenda nacional ha sido mucho mayor. En efecto, el movimiento rebelde que se inicio hace más de veinte años en una de las zonas más pobres del país y con una base social que era un segmento del grupo más pobre de esa zona, debió de enfrentar a enemigos materialmente mucho más poderosos. Lo notable no es el bajo perfil que hoy tiene el EZLN a nivel estatal, nacional o mundial, sino el que aún logre mantener un perfil y que el poder federal no haya podido enviarlo al pasado.

A once años del primero de enero de 1994, queda claro que el estallido de rebeldía del EZLN tuvo un efecto multiplicador sorprendente, pues como una especie de tsunami político, produjo ondas que alcanzaron a toda la estructura de gobierno, a buena parte de la sociedad mexicana e incluso lograron mover a ciertos sectores de opinión en América Latina, Europa y Estados Unidos. Lo justificado de la rebeldía dañó la imagen de falsa modernidad económica, política y cultural construida por el gobierno de Carlos Salinas y, además, le obligó a aceptar el inicio de una verdadera reforma electoral que, aunada a otros factores, terminaría por poner fin a 71 años de monopolio político del PRI.

Finalmente, y esto es tal vez lo más importante, la rebeldía indígena chiapaneca volvió a poner sobre el tapete de la discusión nacional el tema del autoritarismo, del abuso del poder, de la desigualdad social, de la pobreza extrema y, de manera muy especial, de la persistencia del “problema indígena”. Y, sin negar que haya habido cambios positivos en todos esos campos, en ninguno se ha encontrado la solución de fondo.

El llamado “Problema Indígena”.- El EZLN lleva ya once años de acción abierta más un decenio de preparación inicial, pero, a la vez, ese movimiento no es más que una de las manifestaciones más recientes de un asunto de raíz antigua, centenaria; de un pasado que, siguiendo a Faulkner, de tan presente que es, ni siquiera llega a ser pasado.

Puede suponerse que en el centro explicativo de esa serie de catástrofes que llevaron al repentino abandono de ciudades mayas o de Teotihuacan, se encuentran las tensiones causadas por la dura división social de las sociedades prehispánicas. Tenochtitlán misma no hubiera caído como ocurrió en 1521 si no hubieran sido tan fuertes o extremas las contradicciones entre la clase dominante del imperio azteca y los pueblos y clases subordinadas de su entorno. Hernán Cortés triunfó porque aprovechó de manera magistral las fisuras que ya existían en el corazón de la estructura social de lo que hoy es México.

Con la conquista española, se añadió a las divisiones propias de la sociedad prehispánica una nueva y fundamental: la que se creó entre el puñado de europeos dirigentes y la masa de la sociedad original. Con el correr del tiempo arraigó hondo la gran diferencia entre los miembros de las “repúblicas de indios” y los de la “república de los españoles”. La mayoría indígena cargó con muchas obligaciones y con pocos y muy relativos privilegios. En vísperas de la independencia, Alexander von Humbolt visitó la Nueva España, y el rasgo social que más llamó su atención fue el grado extremo de polarización en que se desarrollaba la vida cotidiana de esa parte tan productiva de América: pocos ricos en extremo rodeados de un mar de pobreza también extrema.

Las estructuras de autoridad, de producción, culturales y de relación entre las clases y los grupos creadas por los españoles resultaron, a la vez, brutales pero funcionales y sólidas, al punto que resistieron tres largos siglos. Sin embargo, fue precisamente esa solidez

la que se convirtió en una herencia desastrosa para el inicio de la vida nacional, momento en que surgió con toda su crudeza lo que dio en llamarse el “problema indígena”.

Las dificultades, frustraciones y espectaculares fracasos que los arquitectos de la nueva nación mexicana –criollos y mestizos decididos a perseguir fórmulas liberales o conservadoras generadas en sociedades muy distintas a las mexicanas-- encontraron a todo lo largo del siglo XIX, se pueden explicar por su pésima calidad de dirigentes, empeñados en mantener un colonialismo interno y en borrar la realidad combatiendo a las corporaciones indígenas y de comuneros donde vivía la mayoría de los mexicanos. En tales condiciones ¿cómo defender, por ejemplo, el norte de México de la invasión norteamericana, cuando realmente el grueso de los habitantes no tenía idea de la existencia de esa supuesta nación mexicana, ni podían considerarla suya? En efecto, en los 1830 o 1840 una buena parte de quienes vivían en México no tenía conciencia nacional, ni siquiera había visto un mapa de lo que formalmente era la República Mexicana. Y sin instrumentos que crearan esa identidad de ideas y sentimientos que supone una nación, la mayoría de los formalmente mexicanos no podían alargar su imaginación y compromiso más allá de su comunidad –para los indígenas— o de su comarca –para los mestizos. Y, lo más importante, ¿qué incentivos tenía un indígena y su comunidad para comprometerse con instituciones y formas de gobierno nacionales que, en la práctica, no significaban nada positivo por negarse a aceptar su identidad comunitaria?

En la práctica, la independencia fue para las comunidades indígenas la oportunidad de librarse del tributo colonial y aligerar el control externo. Su lucha fue entonces para conseguir el status municipal y, por esa vía, la mayor cantidad de autonomía posible para reproducir de una manera más libre la economía, cultura y formas de vida a que les había acostumbrado el dominio colonial. La “empresa nacional” del siglo XIX no podía ser asunto

suyo, y en la medida en que participaron en ella lo hicieron forzados por la leva y tratando de defenderse del esfuerzo liberal por acabar con su identidad corporativa, poner sus tierras comunales en el mercado y obligarlos a comportarse como productores individuales, es decir, peones, sirvientes, obreros y consumidores.

El zapatismo original, el personificado en Morelos por Emiliano Zapata a partir de 1910, lo que buscaba era aprovechar que la élite nacional se dividía para, por las armas, recuperar sus tierras, ahondar su autonomía y arraigar su forma de vida comunitaria. Al final, como sabemos, el zapatismo fue destruido por la revolución carrancista y lo que quedó de él, fue encuadrado, a querer que no, por el nuevo régimen. El ejido se relegitimó pero el esfuerzo del “México moderno” por acabar con las formas de vida comunitarias siguió. La “desindigenización” adquirió un rostro menos brutal pero ganó en efectividad apoyada por la política educativa, el mercado, la fuerza y el paso del tiempo.

Pese al optimismo presidencial, muchos siguen siendo los problemas que el México de hoy –gobierno y sociedad— tienen que resolver para dar un lugar digno a las comunidades indígenas tanto en el país actual como en el que queremos que sea. En primer lugar, atacar las condiciones de pobreza y marginalidad de estos grupos y que se reflejan en todos los indicadores socioeconómicos, pero, sobre todo, aspirar a algo más profundo: construir mecanismos para integrar a los grupos étnicos sin menoscabo de su identidad y de su derecho a seguir subsistiendo, a la vez, como indígenas y como mexicanos. No es la pluralidad étnica lo que dificulta la creación de un México más justo, plural y moderno sino la permanencia de viejas ideas y formas de dominio que excluyen las raíces profundas de la nación. Sólo asumiendo con buena fe una empresa que se tuvo la oportunidad de iniciar en el 2001 pero no se hizo, el EZLN –sus armas y el reclamo que sustentan— será, efectivamente, historia pasada.